

A veces prosa Gonzalo Rojas: el zigzag de la palabra entre silencios

Adolfo Castañón

I

“En América tenemos el privilegio [...] de ser contemporáneos de nuestros clásicos”, decía desde París, en noviembre de 1928, Alejo Carpentier.¹ “Contemporáneos de nuestros clásicos”. Bajo el techo de esta frase quisiera inscribir estas letras de salutación razonada de *Íntegra. Obra poética completa* de Gonzalo Rojas, editada por Fabienne Bradu. Me sumo con modestia al lanzamiento de las más de novecientas páginas del maestro chileno, nuestro clásico, en compañía de su lectora e hija adoptiva por alianza editorial Fabienne Bradu que tiene timbres suficientes para ser considerada —y ahora más— una referencia ineludible para el conocimiento de la obra de su amado Rojas y de mi amigo y contemporáneo, el poeta y maestro David Huerta, que tiene no menos credenciales escritas para saludar a un clásico como Rojas.

El clásico —me detengo en esta voz como el que se apoya para tomar impulso y alcanzar lo alto— es, entre otras cosas, el que ha estado o parece haber estado ahí como desde siempre. De ahí que una de sus características sea que no siempre se le reconozca en su verdadera y avasalladora dimensión. Pongo, por ejemplo, el del escritor y crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña, cuyo reconocimiento precoz por Ramón Menéndez Pidal contribuyó en cierto modo a mantenerlo en un discreto lugar, apartado del reconocimiento que merecía —y merece— como crítico y escritor mayor de nuestras letras.

¹ Alejo Carpentier, *Obras completas. Crónicas II. (Social, La Habana, vol. 13. Núm. 11, noviembre de 1928)*, Siglo XXI Editores, volumen 13, México, 1986, p. 121.

Gonzalo Rojas participa de esa condición de un autor, cuyo amplio reconocimiento público traducido en premios y ediciones soslaya en cierto modo su importancia y envergadura como creador o descubridor de hechos perdurables de la lengua y de la experiencia que hacen de él un maestro en la cuenta larga, que ya no veremos, como en el plazo corto del que estamos siendo testigos.

Es uno de los méritos de nuestra querida amiga Fabienne Bradu: haberlo sabido reconocer desde hace años —al menos desde hace quince, desde abril de 1998 (fecha de la muerte de Octavio Paz)— y haberse entregado con fervoroso tesón escudriñante y rara, enamorada devoción a lo largo de los años a la construcción de una caja de resonancia crítica —en prenda vaya, por el momento, esta edición— digna de ese hecho mayor de la lengua que es la obra de Gonzalo Rojas. Otro mérito corresponde sin duda a la casa editorial, que no ha dudado en apostar por este proyecto para que se haga realidad impresa y encuadernada. Meritorio discernimiento, en fin, es el haber invitado a este acto de salutación razonada a David Huerta, voz de la poesía mexicana actual en quien cabría discernir a uno de los lectores más finos y mejor polinizados por la gran tradición de la poesía hispanoamericana de la cual Rojas forma parte. Una de las virtudes de Gonzalo Rojas, ese clásico que es nuestro contemporáneo, estriba precisamente en actualizar, constelar y volver coetáneos y contemporáneos los filamentos de oro y plata, azogue y mercurio de la Tradición. Quizás estas voces le sonarían desconcertantes a un seguidor de los poetas surrealistas congregados en Chile en torno al grupo de La Mandrágora, pero quizá no a Vicente Huidobro, ni a María MacKenzie, primera

esposa, madre de su primogénito Rodrigo Tomás y musa alentadora de *La miseria del hombre*, el primer libro de Gonzalo Rojas, publicado en 1948, escrito dos años antes, y ganador de un concurso convocado por la Sociedad de Escritores de Chile, quien —informa Bradu— no honró su compromiso de publicación.

¿Por qué tanto insistir en este descalzo y modesto Gonzalo Rojas Pizarro —ese duende trotamundos con cara de sabio chino en sus años últimos taoístas—, que a los diez años le tocó en suerte hacerse el querido discípulo del erudito sacerdote alemán Guillermo Jünemann (1856-1938), que a sus setenta años supo familiarizarlo tanto y tan bien con el griego y el latín que antes de los veintiún años ya podía leer a Catulo y a Ovidio en el original, y supo llevarse al norte de Chile, al desierto de Atacama, a Diógenes Laercio y sus *Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres* para calentarse los huesos y los de su novia María con el fuego de aquellos pensamientos arcaicos? Algún raro cristal soñador traería en la sangre aquel joven entusiasta enamorado de la prehistoria que escribió a los veinte “Los treinta años de Pablo Neruda” —muestra visionaria de crítica-manifiesto— y que supo ponerle un grano de sal a la conversación con Vicente Huidobro, a quien frecuentó desde 1938, casi al mismo tiempo que comulgaba con el grupo surrealista de La Mandrágora. Las venas o vetas de lo surreal o expresionista fueron alimentadas por las lecturas de los románticos alemanes, de modo que cuando conoce a André Breton y a Benjamin Péret ya podrá sentirse como en familia... Esos datos quizá no bastan. ¿De dónde viene la soberana energía de Gonzalo Rojas y, ahora, de esta su incandescente *Íntegra* armada por Bradu? ¿Por qué des-

pués de las apariciones volcánicas de Rubén Darío, Pablo Neruda, Gabriela Mistral y César Vallejo se antoja pensar que cae en Gonzalo Rojas el acento de esa continuidad? Aventuraría austeramente que es una cuestión de métrica, de medida, un asunto de pesos, acentos, ritmos y medidas, una cuestión de aire y aliento; a Rojas le suspendía el pensamiento el asma que se lo llevaba a quién sabe qué antártidas interiores, era, es un asunto neumático y de alma. (Recuérdese que una de sus primeras empresas fue dirigir la revista *Antártida* en colaboración con Leopoldo Castedo, el amigo de Carlos Fuentes desde *El espejo enterrado*).

Gonzalo Rojas introduce en el cuerpo del idioma un cuchillo de tres filos —no en balde dedica uno de sus escritos más tempranos a Del Valle-Inclán—, una pauta rítmica en que conviene al menos tres sistemas métricos: el sistema convencional, educado y sofisticado de la métrica tradicional isosilábica; el sistema abierto de los ritmos y pulsos populares que vertebran y están en

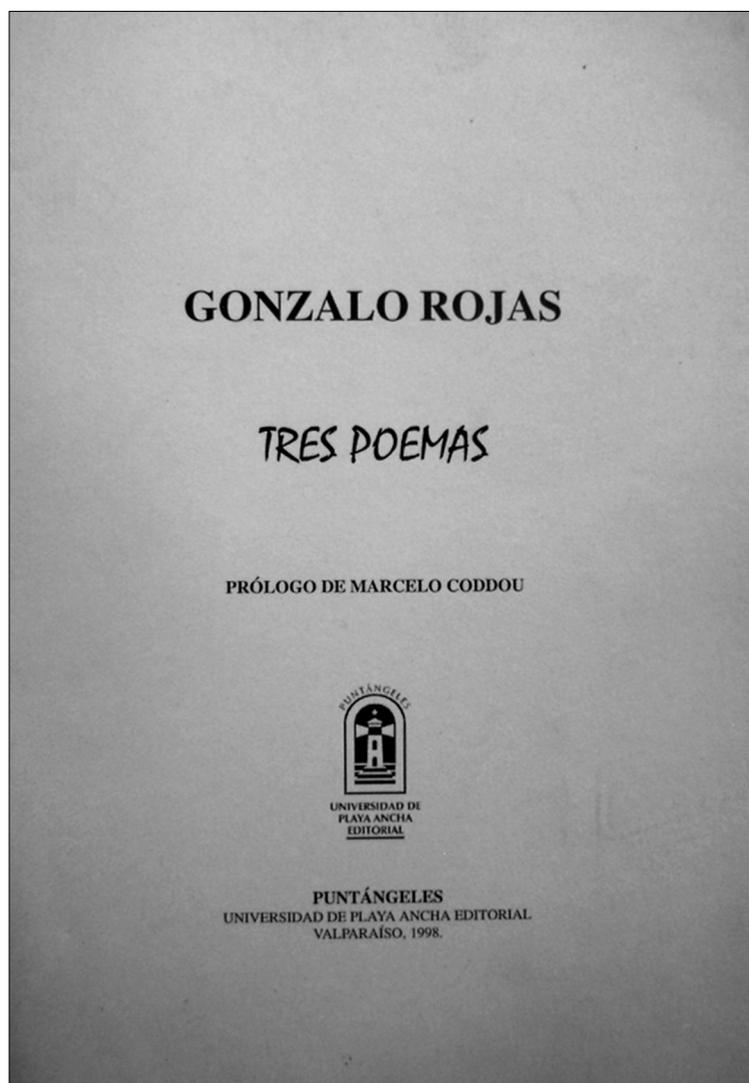
boga en las lenguas germánicas (Rojas fue siempre un buen lector de los alemanes, desde los románticos hasta Paul Celan), al igual que de los clásicos griegos y latinos, sin olvidar a los anónimos primitivos, desde los de Súmer hasta los del Nilo, pasando por los celtas y druidas del *Mabinogion*) y, en fin, una métrica abierta, una prosodia irregular y disruptiva atenta a captar en las mallas de la versificación irregular y en la alternancia de versos de arte mayor y menor, del himno y la oda —tan atinadamente estudiados por Henríquez Ureña— las músicas, hechos y dichos de la lengua desatada en el habla.

Lo subversivo en Rojas no serán solamente los temas sino los ritmos y contrapuntos, el zigzag de la palabra entre silencios tan distinta de los enunciados de la métrica boba y marcial, de la pobre rima rica que, hoy igual que ayer, hace bailar a su compás comercial al oyente y lo hace mover las extremidades como un animal dormido. Lo subversivo y disruptivo en Rojas es ese aliento vertiginoso que envuelve

los haces temáticos renovándolos y transformándolos.

II

Íntegra se titula el volumen que reúne póstumamente, editados y anotados por Fabienne Bradu, los 474 poemas que componen la obra singularísima de Gonzalo Rojas, uno de los nombres en que se declina la poesía lírica en lengua española. No es sencillo hablar de este volumen avasallador y a la par hospitalario, que contiene uno de los contados hechos de la lengua española en Hispanoamérica. Antes que haber pasado por la historia de la poesía, cabría decir que la poesía de Gonzalo Rojas es algo que le pasó y le está pasando a la lengua española y a su cultura. Forma parte de eso que le viene pasando al idioma desde Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Vicente Huidobro, César Vallejo, Jorge Carrera Andrade, Octa-



Gonzalo Rojas

vio Paz, José Lezama Lima, Eliseo Diego, Luis Cernuda y José Ángel Valente, para sólo citar doce nombres, que dan las horas del reloj en verso.

El volumen cubre en un vasto arco poemas escritos por el poeta chileno, nacido en 1916, desde 1935 a los diecinueve años de edad —hasta los fechados unos meses antes de morir el 25 de abril de 2011—; es decir, que comprende episodios o muestras de un oficio de escritura poética ejercido durante más de setenta años, un caso raro de longevidad creadora, sobre todo si se tiene en cuenta que, por su talante, humor y vocación, inclinación y pasión, Gonzalo Rojas fue un poeta del relámpago incesante que es el desvivirse en la palabra y desde la palabra con libertad y gracia, sentido y sinsentido del humor y del “ángel”, inspiración que es el don y el estigma del poeta según el paradójico filósofo danés Søren Kierkegaard.

Hablar de *Íntegra* —insisto— no es tarea sencilla. Supone, en primer lugar, un querer zambullirse en un océano verbal caracterizado por diversas corrientes encontradas —las “épocas” o “modos” o “estaciones” sucesiones o alternativos de la “rojeidad” —; supone y exige también un deseo de apartarse de ese magma por ser capaz de hacerle justicia a la topografía, geografía, o geología que ahí se encierra; y hacerle justicia es a su vez ponerla en situación, en relación consigo misma y con los organismos o conjuntos poéticos y artísticos que la rodean. En ese vaivén, en esa entrada y salida de este intrincado y a la par cristalino conjunto de hechos poéticos, el lector se encontrará por fuerza con la lectura de esta instancia intermedia que es la editora o “curadora” de este libro llamada Fabienne Bradu, cuya fianza crítica aseguró en vida Gonzalo Rojas abriéndole las puertas de sus archivos, arcas y manuscritos como quien se sabe abrir a sí mismo las puertas de la posteridad por interpósita mano, como lo hizo en el pasado Michel de Montaigne al confiar a su Marie Gournay, “hija de alianza”, la suerte de sus manuscritos y ediciones, como lo hizo no hace mucho César Vallejo con su albacea y viuda devota Georgette o lo haría la enfermera y filósofa Paule Thévenin con los escritos de Antonin Artaud, caso que por cierto Fabienne no ig-

nora. Esa confianza la han renovado sus hijos Rodrigo Tomás y Gonzalo.

En las tres sílabas de *Íntegra* confluyen el poeta, su lectora y arqueóloga, y la editorial misma, el Fondo de Cultura Económica, que es la vía férrea, editorialmente hablando, por la que corre este largo tren de textos escrito por Gonzalo Rojas a lo largo de 474 poemas y de 953 páginas.

Todo esto es, sin embargo, a mis ojos, a la par natural y misterioso. Da vértigo pensar en la serie de circunstancias que me ponen a escribir estas líneas de presentación de *Íntegra* de Gonzalo Rojas, editado por Fabienne Bradu: decir que es un honor que no sé a quién agradecer, sino a Fabienne y a Gonzalo Rojas mismo, es como constatar que una hoja se estremece cuando sopla el viento: lo constato así en mi propio estremecimiento.

Dos de las lecciones de vida y de escritura que nos ha dado Gonzalo Rojas son que todo sale de lo oscuro y que no existe el progreso, sino en todo caso el movimiento; un movimiento de rotación sobre el propio eje y de traslación en el espacio. Recuerdo que la primera vez que le oí decir esto fue en un acto de presentación editorial de alguno de sus libros en el auditorio de la Unidad de Seminarios Jesús Silva Herzog en el Fondo de Cultura Económica del Ajusco. Lo dijo primero desde la mesa donde leía sus poemas, alternando su exposición oral y sus comentarios con la lectura de sus textos. Luego, la volvió a decir cuando ya estaba conversando con algunos de los que ahí estábamos. Recuerdo al hombrecito, al sabio con apariencia de chino que, al decir que no había progreso sino movimiento de rotación sobre el propio eje de traslación en el espacio, giró sobre sí mismo y se desplazó y luego con una sonrisa de felino sonriente dijo: “eso es todo”. No olvidaré nunca esa lección que fue creciendo en mí como un árbol sobre cuyas ramas me vengo a posar una y otra vez. Ahora mismo, estoy a punto de hacerlo al sostener que *Íntegra* debe leerse como un libro cíclico, una tabla periódica de valores y formas que vuelven, aparecen y desaparecen como el viento que sopla.

La edición presentada por Fabienne Bradu permite seguir al poeta en su empresa de creación y génesis, ya que señala cómo Rojas toma fragmentos del poema y

los aísla o conecta con otros publicados en otros libros, dispuestos en otra geometría. Además de la enunciación editorial ordenada cronológicamente, la editora ha puesto al final de cada texto, de cada poema, un “comentario” o un apunte del propio Rojas, además de situar las derivaciones, trazar los desplazamientos de una obra que, por esa razón, cobra dinamismo y velocidad, intensifica su efusión. Estas notas, además, dan vida al libro transformándolo en un vasto recital en el que el lector puede ver al poeta desdoblarse en su escoliasta, en su propio comentarista e intérprete. Aquí una palabra sobre la silueta casi invisible de la editora que acompaña al lector, acercándole los comentarios del poeta, y hace pensar en esos brazos invisibles o sin cuerpo que en los castillos de los cuentos de hadas saben iluminar el camino del visitante sosteniendo en el aire velas y candelabros (p. 440) para llevarlo mejor a su destino. En esa labor de inmenso tacto filológico se trasparenta la devoción de la editora que empezó a conocer y a tratar a mediados de los años noventa y a quien llegó a conocer y a dominar sólo un grado menos que Hilda Rojas May.

Gonzalo Rojas se acendra, es decir, se reduce a sus cenizas en cada línea y en cada poema. Eso hace de su obra una tumba sin sosiego —para evocar el hermoso título de Cyril Connolly— en que se deletrea lo elemental: ave Rok, ave fénix que al renunciar al recuento cronológico de sus pasos, se obliga a establecer una *teoría*, un procedimiento de lectura. De ahí que sea tan apropiado, por no decir inevitable, el título de las páginas liminares: “Obra: instrucciones de uso”, donde la editora y escritora mexicana de origen francés, y ahora chilena por derecho de tinta, expone el procedimiento que ha seguido para tratar de exponer el procedimiento de Rojas.

Íntegra: tres sílabas, una para el autor, otra para la editora, una tercera para la editorial. Me da gusto comprobar que este libro de 961 páginas consigne en la página legal que el libro hecho en México tiene “distribución mundial”.

Íntegra es un enigma que tardaremos en digerir mucho tiempo. Sabemos que el título “no le disgustó” al poeta, según nos dice la editora. Queda en el misterio si la decisión de enunciar editorialmente *Ínte-*

gra como un flujo continuo de poemas, independientemente de que hayan estado o no presentes en los libros publicados, fue compartida o conocida del poeta.

Eso importó poco ya ante el hecho contundente de este libro que se presenta sin fisuras como un bloque de granito o de roca. El lector tiene la tentación si no es que siente la obligación de intentar una periodización, una disposición, una urbanización para hacer más ameno y comunicable este ámbito. Si Rojas renunció y rechazó de muchos modos el orden cronológico que tan fácilmente puede resbalar en el deslinde biológico de hablar de una primavera, un verano, un otoño y un invierno, de poemas juveniles, de madurez o madureces y de poemas póstumos, quizá cabría jugar con otro tipo de ordenamiento, como el del aire, el fuego, la madera, el agua, que quizá no le disgustaría.

La publicación de *Íntegra* no es nada más un acontecimiento poético o literario. Como se recuerda en la “breve cronología de Gonzalo Rojas”, se celebró en la ciudad de Concepción, en Chile, la VIII Escuela Internacional de Verano, con la participación de Pablo Neruda, José María Arguedas, José Donoso y Carlos Fuentes, entre muchos otros. Ahí diría el mexicano: “todo comenzó en la Escuela de Verano de Concepción, cuando Gonzalo Rojas, el gran poeta chileno, nos reunió a todos”.

III

Íntegra integra la obra completa en verso de Gonzalo Rojas y, en un segundo plano o trasfondo, a través de las pertinentes notas de Bradu, una biografía del poeta y una poética; en un tercer plano se asoma, entre línea o aun transcribe la historia de Chile (“1814”, p. 408) y de la literatura chilena (por ejemplo: Braulio Arenas: “La cicatriz”, p. 409), la historia de la poesía (“Saludos a Tzara”, p. 543), y más allá la historia del mundo (“Música ligera”, p. 544, u “Otros semáforos”, p. 548). El acompañamiento a cada poema se divide en dos cauces: de un lado el detalle circunstanciado de la obra poema a poema y, a veces, verso a verso; por otro lado se encuentra al final del libro un mapa de la edición que permite en cierto

modo hacerse cargo de que *Íntegra* funciona también como un índice de todos los libros publicados por Gonzalo Rojas a lo largo de su longevidad. A este conjunto de comentarios lo redondean una breve cronología de Gonzalo Rojas y una enumeración o lista de la obra del poeta, un índice alfabético de poemas además del susodicho mapa general de la obra. *Íntegra* incluye dos partes: la obra recogida en libros publicados y una sección de poemas inéditos y no recogidos de volúmenes, que está no menos anotada que la sección anterior; este conjunto de redes hace del tomo un territorio que puede ser recorrido de distintas formas y enriquece desde luego con su prismática metodología la lectura y lo convierte en un campo de juego, una suerte de rayuela poética, un campo magnético, para acudir a una voz cara al surrealismo.

IV

De un lado, la formación clásica —griega, latina, hispánica— y del otro la formación surrealista, se sumarán en sus exigencias de despojo en la fragua del idioma de Gonzalo Rojas. También ayuda a explicar por qué se da a conocer con una escritura “contra la muerte”. La muerte, o más bien su exorcismo a través de la escritura, se da en él como un alimento afectivo, como una comunión o eucaristía profana, que se brinda como un acto ritual, la memoria del final le sirve para volver a fundar la comunidad, para vivir y sobrevivir entre los otros, tanto como entre sus propios “otros interiores”. No en balde los más estremecidos y estremecedores poemas que hacen acto de presencia en su obra son las elegías, los himnos funerarios consagrados a la muerte, a las muertes del padre, la madre, la tía, las mujeres amadas, los amigos, los poetas afines —los seres desde cuyos ojos ha mirado al mundo—, ausencias/presencias que lo remiten a lo elemental, y lo reducen ya no al hecho sino a las cosas que lo envuelven o transmiten, a la intemperie y a la desnudez. El otro gran núcleo temático por el cual se encausa la escritura de Gonzalo Rojas es precisamente la escritura, el poema, la poesía y la experiencia poética, sus agonistas, los poetas (Huidobro, Breton, Éluard, Va-

llejo, Neruda, Mistral, Celan, Ovidio, Mutis, Darío, San Juan de la Cruz, el romanero, Chuang Tzu, Octavio Paz), y protagonistas, (Man Ray, Roberto Matta, El Greco), los paisajes (la Antártida, la Torre del Renegado o el desierto de Atacama), los objetos (la cama china), las emociones, los sueños, sin olvidar a los pensadores (Heráclito, el pseudónimo con que presentó al concurso *La miseria del hombre*), los científicos (Einstein). Cabe recordar aquí los célebres encuentros de Concepción de Chile que tuvieron trascendencia en Chile y por todo el orbe hispanoamericano, en su obra misma. La de Rojas se alza como una atalaya que mira hacia el cosmos y a lo oscuro y a lo alto, pero que no pierde de vista la experiencia de la poesía y aun de lo que podría llamarse la vida literaria que sabe ennoblecer con la altura de su mirada más humorística que satírica cuando mide con sus versos, implícita o explícitamente irónica o aun sarcásticamente, las tallas de sus contemporáneos (Nicanor Parra o Braulio Arenas: “La cicatriz”, p. 409) o cuando más llana y humanamente se dispone a dialogar, invocar, parodiar o imitar afectuosa y cariñosamente a sus maestros y amigos (desde Álvaro Mutis, Jorge Teillier, Octavio Paz, Gabriela Mistral, Pablo de Rokha). Esta manera peculiar de apropiación rítmica responde a una economía singular de la imaginación creadora de Rojas, y de lo que podría llamarse su prosodia de fuego. Capaz de calcinar y acendrar pero también y sobre todo de incendiarse con y en el otro. Todo esto lleva naturalmente al gran tema del amor. Gonzalo Rojas, ese virtuoso de la ensoñación romántica, es desde luego un gran amoroso cuya intensidad soñada raya en lo místico. Atraviesa los parajes de la intemperie y los subterráneos de la historia desde los ojos entrañados de una sucesiva Beatriz interior: desde su llorada madre, su tía, su María MacKenzie, su Hilda May, quienes, para su fortuna, fungieron como guías y virgilio, nauseas y casandras por las grietas hondonadas del mundo interior. *Íntegra* es por algunas de estas razones un libro más que afortunado. Seamos dignos de su lectura. **U**

Texto leído en la presentación del libro *Íntegra* de Gonzalo Rojas, en la librería Octavio Paz el 18 de abril de 2013.